

# E. MIRET MAGDA LENA

**E**STAMOS todavía en el mundo occidental bajo el impacto de la dimisión, más bien forzada por las circunstancias que voluntaria, del Presidente Nixon.

Los orgullosos Estados Unidos de América del Norte han desvelado a los ojos de todos su inmoralidad pública. Lo que no estoy tan convencido es de que Nixon —el culpable al que se han dirigido todos los ojos de su nación— sea peor que otros muchos Presidentes y altos funcionarios de ese país, que pretende ser todavía la reserva de la civilización cristiana en el mundo de hoy.

Conviene meditar el caso Nixon y apreciar los dos aspectos más importantes de la cuestión: 1) la inmoralidad pública frecuente en el mundo occidental contemporáneo representado por América, y 2) la falta de verdadero sentido moral en la mayoría de los que airean el nombre de cristianos.

Nixon no ha sido nada más que un símbolo; no es "el culpable" que, una vez encontrado, terminan los problemas. Porque parece que con su retirada de la escena política y probablemente profesional se hubieran resuelto ya en América y en el mundo los problemas éticos de la actuación política de los grandes prohombres que la dirigen. No queramos engañarnos, como están haciendo los ingenuos americanos, que una vez que han resuelto externamente el caso Nixon, se ha visto en ellos un afán de olvidar el asunto.

Síntoma de lo que digo es que en las librerías de Washington —como cuenta el corresponsal de Le Figaro— los libros sobre Nixon y Watergate ya no se venden. Todos están echando un tupido velo sobre el fondo de la cuestión, porque ingenuamente se ha encontrado al "culpable", olvidando que el culpable no es una persona, sino una nación y más todavía una civilización que pretende llamarse cristiana.

"América es la nación más próspera, la más poderosa de nuestro tiempo, e incluso de la historia humana", decía hace unos años el periodista anglosajón Peter Howard, dirigiéndose a la juventud americana. Pero añadía: "La vuestra es una sociedad dominada por la ley de la jungla, obsesionada por el dinero, centrada infantilmente sobre la sexualidad, movida sólo por el éxito inmediato, y que no podrá responder ni al stalinismo ni al hitlerismo".

Esta raíz de inmoralidad pública, patente en la vida política americana y en la mayor parte de la vida política de nuestra civilización occidental, quedó al descubierto en un libro publicado hace unos veinticinco años (antes de Kennedy, Johnson y Nixon) en América. Lo escribió el profesor de la Universidad Católica de América padre Francisco J. Connell, que tituló "Moral Pública y Profesional". A primera vista es un libro clásico de moral que no aporta ninguna idea nueva a los manuales usuales que

sirvieron para la formación del Clero, y —a través de él— llegaron a nuestras cabezas y costumbres de católicos. Sin embargo, tiene una particularidad muy americana. No se queda en las nubes de la abstracción, sino que esmalta sus páginas de hechos concretos de la vida pública en los Estados Unidos. Y aborda, por supuesto, el tema de la moral práctica de los políticos y altos funcionarios del Estado. Cosa poco frecuente en este tipo de obras morales, porque generalmente parece que no hubiera para los teólogos más moral que la individual y privada. Un ejemplo: el más famoso libro de moral católica en USA fue el editado por primera vez en el siglo pasado por el arzobispo Kenrick en tres volúmenes, y en el cual "sólo dedica dos páginas a los deberes de gobernantes y legisladores civiles, y no hace ninguna alusión a las violaciones de la justicia conmutativa por parte de los mismos".

## INMORALIDAD EN LA CASA BLANCA

No procede así el padre Connell. El resumen que hace describiendo con acerada pluma el negro panorama de la moral pública americana, es éste: "En siglo y medio de existencia que llevan los Estados Unidos como democracia organizada ha habido una proporción espantosa de corrupción política". Y añade, por si este resumen fuera poco: "Entre las grandes naciones modernas, son quizá los Estados Unidos los que gozan de menos envidiable reputación en lo que a probidad de su vida se refiere".

Un retrato que no puede ser más duro y que no se limita a figuras de tercera o cuarta fila, sino que sienta bien claro que "este deplorable aspecto de la vida americana no se limita a los funcionarios de baja escala". De su pintura no se libran ni los omnipotentes gobernadores de los diferentes Estados americanos, ni los influyentes congresistas y senadores, ni siquiera la Casa Blanca. "Muchos de estos planes poco honrados —sigue diciendo— han sido madurados en los salones del Congreso, y a veces en nuestra historia ni la Casa Blanca se ha visto libre de la bien fundada sospecha del uso inmoral del supremo poder ejecutivo".

Y termina su cuadro de aquellar político contemporáneo con un toque espectacular y pintoresco muy a la americana: "Eso sólo constituye una historia tan fantástica como las mejores obras del más distinguido escritor de novelas".

Y tendríamos tras ello que preguntarnos lo mismo que hace el padre Connell: ¿quién

tiene una buena parte de la culpa de todo esto? A lo que debemos contestar con la misma claridad que este moralista que no tiene pelos en la lengua: el Clero americano, porque "no han tomado una actitud clara y definida en lo referente a la corrupción oficial".

No olvidemos que la religión exterior es un factor decisivo en la vida pública americana: un candidato que no fuese seguidor estricto de una Iglesia del país no tendría la más mínima probabilidad de salir triunfante en las elecciones para Presidente. El cardenal Gibbons lo decía sin lugar a dudas en el siglo pasado: "Nadie votaría a un candidato ateo para la presidencia de la república; instintivamente desconfiaríamos de él, porque un Presidente incrédulo ignoraría las leyes eternas de la justicia" (Cardenal Gibbons, Nuestra Herencia Cristiana. Barcelona, 1933).

Este enfoque general de la política americana ha sido el error. Creer que la religión profesada externamente daba a sus altos funcionarios la garantía de la moralidad. Cosa que la práctica, lo mismo que la ciencia moral, nos dicen que no es así. La moral es algo vital que descubre el hombre —sea o no creyente— en el fondo de su corazón como una exigencia profunda de la vida, y no como un código externo, que siempre da lugar a interpretaciones llenas de subterfugios y evasiones según el gusto de cada cual, aunque envueltas todas ellas por el manto de lo religioso. El que no apela a la exigencia interior, por muy religioso que se figure ser, de nada le valen los códigos ni las sanciones y temores de castigos eternos, porque se las ingeniará para salirse por la tangente y justificar lo injustificable, como hicieron los antiguos malabaristas de la moral que se llamaban casuistas, y en lo cual fueron maestros muchos jesuitas de la vieja usanza.

Lo importante es descubrir uno mismo en la vida que "mejor para el hombre es sufrir la injusticia que cometerla", como dijo e hizo el pagano Sócrates, cuya noción de Dios era muy dudosa. Han sido millares y millones los creyentes que, avalados por sus confesores y moralistas, han buscado la manera de evadirse de la auténtica responsabilidad personal. Y Nixon ha sido el símbolo de esa falsa civilización cristiana representada por gran parte de América: un simulacro externo en quien pusieron su confianza los americanos, que han creído en lo exterior y no en lo interior; en la ley de clérigos y pastores religiosos, más que en la ley del corazón; en un código penal de normas religiosas, más que en el descubrimiento y fomento de los valores humanos personales que hacen maduro al hombre, independientemente de su profesión exterior de ritos, doctrinas y leyes religiosas.

Tomemos nota nosotros en Europa, y no sólo América. ■